# *VISIONES PROFÉTICAS*

*Las siguientes porciones se han obtenido de libros publicados en el sitio, se han separado y agrupado ya que nos permiten tener una visión de los últimos tiempos de forma asombrosa, dadas las similitudes entre los hechos históricos y los hechos futuros, que aún están por suceder.*

***Contenido:***


- *Restauración..... 2*

- *El Juicio del Amorreo..... 3*

- *Un cuadro milenial..... 10*

- *El Rey presentado al pueblo.... 13*

- *El hijo de la sunamita..... 16*

- *Un tipo de Israel..... 22*

## *RESTAURACIÓN*

### *2ª Crón. 33*

Examinemos de más cerca el reino de Manasés se nos describe desde el comienzo (v.1-9) como el más horrendo que se pueda imaginar desde el punto de vista religioso, la perversidad de Manasés "colmó la medida de lo que es malo a los ojos de Jehová" (v.6). Él actuó en todas las cosas según las abominaciones de los cananeos que el Señor había desposeído ante Israel, cuando la iniquidad de estos había llegado a su colmo; él levantó altares a Baal, restableció el culto de Astarté, el culto de los astros, y sacrificó sus hijos a Moloc, practicando las ciencias ocultas, los encantamientos y la magia, profanó Jerusalén y la casa de Dios al edificar altares a los dioses falsos y puso un ídolo abominable en el templo, parecido en esto al Anticristo del fin. Manasés desafió a Dios mismo quien habían dicho de Jerusalén "pondré mi nombre para siempre".

¿Qué quedaba por hacer? El ejemplo de Manasés fue seguido por el pueblo, él mismo fue responsable por esta ruina, pero el pueblo no se arrepintió como su rey. Cuando Dios habló a ambos por sus siervos los profetas, estos no hicieron caso (v.10). Entonces "*Jehová hizo venir contra ellos a los jefes del ejército del rey de Asiria, y estos pusieron a Manasés en el cepo, y lo encadenaron con cadenas de bronce y lo llevaron cautivo a Babilonia*" (v.11). Y ahora el juicio habiendo sido consumado, uno ve aparecer la inagotable, maravillosa, y adorable gracia de Dios. La angustia ha producido su efecto en el corazón de Manasés; él viene a ser un tipo sorprendente del remanente de Israel en los últimos días. "*Cuando estuvo en angustia, imploró a Jehová, su Dios, y se humilló mucho ante el Dios de sus padres, y oró; y Él escuchó su súplica y lo trajo a Jerusalén a su reino; y Manasés reconoció que Jehová es Dios*" (v.12-13).

Él clamó del fondo del abismo y se humilló ante el Dios de sus padres; esto es arrepentimiento; el oró: esto es dependencia y la renovación de las relaciones con Jehová; y fue reintegrado a su reino y proclamó la soberanía de este Dios de quien había renegado. La gracia le hace reconocer a Dios en Sus juicios y la gracia lo restaura. Desde ese momento, Manasés es un *nuevo hombre*. Este reino de 55 años se divide en tres periodos: La idolatría, la cautividad, y el retorno, o bien podríamos decir: la apostasía, el juicio y la restauración. Ésta última es completa, porque es el fruto de la gracia.

Desde entonces vemos a Manasés trabajando por Jerusalén y por Dios. Edifica y pone la fortaleza de Judá bajo la vigilancia de los jefes de ejército. En cuanto al culto destruye completamente el culto a los falsos dioses que él mismo había instituido por todas partes; quita de la casa de Dios el ídolo abominable que había puesto y quita todas las impurezas de la ciudad. Pero la obra no habría sido hecha más que a la mitad si Manasés no hubiese restablecido el culto a Jehová y mandado a Judá servirlo.

*H.Rossier*

## *EL JUICIO DEL AMORREO*

### *Josué 2-10*

En estos capítulos leemos que el río Jordán fue cruzado dos veces, uno por los espías y otro por todo el campamento. El primero fue hecho en debilidad. Esto nos recuerda el envío hecho por nuestro Señor a sus discípulos en Marcos 16:15-16; "*Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; más el que no creyere, será condenado*". Es en este momento, cuando el mal va en aumento, que el remanente es enviado en medio del territorio enemigo llevando las palabras que se nos describen en Apoc.14:6-7: "*Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas*". Este mensaje concuerda con aquello de lo cual dará testimonio Rahab, el juicio se ha acercado.

Éste fue por tanto la prueba de la fe. Rahab recibe a los espías, aunque esto fue hecho poniendo en peligro su vida, a pesar de su debilidad, como teniendo esto un título superior a cada relación en la cual ella estaba entonces. Ella puso la demanda de estos extranjeros, en debilidad y peligro como ellos estaban, sobre las demandas de su rey y país, porque reconocía a Dios en ellos. "*El que a vosotros recibe, a Mí me recibe*". Esto fue como Abigail, Joel, o Jonatán, quienes, en sus días, hicieron más de los testigos de Dios, que de su marido, huésped o pariente. La fe viene por el oír, ella responde de sus hechos, como la fe debe siempre responder por sí misma. Un reporte, noticias de lo que Jehová había hecho por Israel, era su autorización. Ella confiesa: "*Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra*" (2:11).

La gracia entonces se muestra preparada para responder a la fe, como siempre lo hace. Ésta promete seguridad a todos los que usan de sus provisiones, y ella obtiene una señal segura; que sólo requiere que haya fidelidad hacia ellos en el día de su debilidad.

Los espías pueden haber excedido su comisión. Ellos habían sido enviados por Josué desde el campamento en el desierto para espiar la tierra, y no para proteger a las personas. Pero la gracia es «como un mar sin orillas» y se cumple la vista profética del mensaje enviado por el remanente. Entonces, la seguridad y decisión con la cual los espías, aunque en su día de debilidad, prometen salvación a Rahab, es muy bendita en su gracia y significado. Esto me recuerda aquellas palabras del Señor Jesús. "*Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene autoridad sobre la tierra para perdonar pecados*".

¡Y qué poder y debilidad encontramos aquí! Los hombres que estaban

escondidos bajos telas de lino, ocultos de sus perseguidores, aseguran salvación a todos los que la quieran tomar de ellos. El Hijo del hombre, el Despreciado de Galilea, el rechazado, sella el perdón de un pecador. ¡Qué destellos de Cristo encontramos a través de estas primeras narraciones de este libro de Dios desde sus mismos comienzos!

La fe de esta mujer de Jericó, a la cual los espías han respondido desde el campamento de Dios, se vale también rápidamente de esta promesa de salvación. Ella cuelga el místico cordón de grana sobre su ventana tan pronto como los espías han partido, y ésta es otra cualidad de la fe. Ésta corre a su refugio. Ella no discute con las probabilidades ni acepta ningún retraso. Ella conoce donde está su seguridad y refugio, y no reconoce esto en ninguna otra parte. David tenía temor de moverse de la era de Ornan donde la misericordia se había regocijado y triunfado sobre el juicio, y donde Dios había aceptado su ofrenda. Todo esto tiene su carácter. Así en el tiempo futuro la fe mostrará sus obras "*Porque tuve hambre, y me distéis de comer; tuve sed, y me distéis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí*".

Y entonces Rahab por medio de su fe, condenó al mundo Cananeo —porque todos los habitantes de esa tierra habían sentido el reporte de lo que Dios había hecho por medio de Israel, como ella misma; pero sólo ella había actuado en conformidad a este reporte (ver Jos.2:9 y Heb.11:7).

Uno no puede sino conmoverse por la bondad que se nos ha mostrado al dejarnos una narración como ésta, al comienzo de un libro como éste. Estamos a punto de ser testigos de los hechos del Dios de juicio, pero antes de que entremos en aquello se nos presenta un rico y precioso ejemplo de los caminos de la gracia de Dios. Ésta es, como decimos, la hora undécima —sí, y el último minuto de esa hora— pero ese día aún no ha terminado completamente, su sol aún no ha descendido, la gracia está allí todavía y se mostrará incansable en la grandeza de sus caminos. Sus primeros momentos reviven con todo su poder y frescura, aquí, al mismo final. El cap.12 de Éxodo nuevamente es leído aquí en Jos.2. La sangre está rociada sobre los dinteles otra vez para la redención del pecador —el cordón de grana preserva la casa de la fe en la condenada Canaán como los dinteles rociados lo habían hecho en el juzgado Egipto y como los vasos de agua, pedazos de pan, ropas y aun visitas a la cárcel, lo harán para aquellos que ayuden al remanente de los últimos días; porque "*respondiendo el Rey les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí lo hicisteis*" (Mt.25:40).

Y la obra de gracia es hecha con sus propios atributos, y en su propio excelente estilo. Toda certeza marca las promesas que ella da, y éstas son ministradas con un corazón dispuesto.

El momento también, presenta una atracción a esta obra que ningún otro momento podía haber hecho. Esto es, como hemos dicho, el último momento de

la hora undécima de su día, y aún esta gracia sirve y está activa, desplegando de este modo su divina energía. Ciertamente, bien podemos tomar y gozar esta historia de Rahab la ramera de Jericó; algo mostrada, como la historia de Saulo de Tarso, el perseguidor, como un modelo de la paciencia en la gracia del Dios de salvación. Y cosa feliz es nuevamente, puedo decir, tener tal escena en un libro como éste, que mientras estamos a punto de ser testigos de los juicios que son una obra necesaria de Dios, la gracia que aquí contemplamos, es Su propia y agradable obra. Así también lo contemplamos en el Apocalipsis en donde como una agradable interrupción a los juicios derramados y a la descripción del mal que lo requiere encontramos "*Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas... él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas*" (Apoc.7:9).

"Su despertada ira se mueve lentamente.
Su dispuesta misericordia vuela a prisa"

El segundo de estos pasos del Jordán tiene un carácter completamente distinto. Éste es realizado con poder y plena gloria. Es el "*arca del Dios de toda la tierra*" la que está ahora cruzando el río, a la cabeza del ejército de Jehová. La presencia divina se está haciendo ahora a Sí misma conocida en majestad. Jehová está a punto de preparar Su trono para juicio y para tomar Su reino. Precioso es considerar que antes de que la presencia en majestad se deje sentir cuatro ángeles en pie sobre los cuatro ángulos de la tierra debían detener los vientos del juicio divino hasta que hayan sido sellados los siervos de Dios (Apoc.7). Como Rahab y su familia quedó cubierta con el sello del cordón de grana.

Todo es grandeza. Tan pronto como los pies de los sacerdotes que llevan el arca tocan la orilla de las aguas, éstas se retiran. "*¿Qué te alarmó, oh Jordán para que te retiraras?*" La presencia de Dios fue sentida. "*Después saldrá Jehová y peleará contra aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los Olivos, que está enfrente de Jerusalén al oriente; y el monte de los Olivos se partirá por en medio*" (Zac.14:3-4). En calma e imperturbable majestad con la conciencia de nada menos que el poder divino, se hace cruzar ahora el Jordán. Las montañas ayer no habían sido sino un lugar de escondite para los espías, pero ahora la misma agua se levanta como un montón al servicio del campamento. "*Entonces vi el cielo abierto*", como las aguas lo figuran, "*y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea*".

No hay, de acuerdo con esto, ahora ningún llamado a la fe, como lo había habido antes, ni debilidad, tampoco búsqueda de favor y protección, ni aparente degradación, como uno ocultándose a sí mismo sobre el techo de una casa escondido por la mano de una mujer. Todo es poder, ahora es el tiempo de

recompensar a aquellos que han sido fieles; libertando a los que han recibido la palabra de gracia; y juzgando a aquellos que han temido, pero que no han actuado de acuerdo con esos temores. Éste es el día de gloria cumpliendo las promesas que Su palabra ya había dado en un mundo juzgado. Éste es el día de poder y del reino, levantando un memorial para sí mismo en el lugar de su herencia, que últimamente había sido el lugar del enemigo.

Por otra parte, éstas son las características del segundo cruce del Jordán registrado en estos capítulos. Y cuando contemplamos estos dos cruces, diferentes como son, también podemos ver la imagen de las dos venidas del Señor a este juzgado mundo nuestro; la primera dirigiéndose en debilidad, fe, y prometiendo redención —la segunda, en poder, afirmando los derechos del Dios de toda la tierra en el juicio de un mundo que ha llenado su medida, y dando la prometida libertad a aquellos que lo habían recibido y confiado en Él en el día de Su humillación, y estableciendo el honor de Sus hechos por medio de un pilar de doce piedras, la alabanza de todos Sus santos, en el lugar de su herencia.

¡Cuán pleno, claro, y simple! ¡Qué escrituras nos proveen estos tres capítulos! Como la ramera de Jericó, hemos aceptado la gracia de la primera venida, así también en su propia forma lo conocerá esa multitud, la cual nadie podía contar, de modo que como ellos estamos siempre esperando con ansias la gloria de la segunda venida.

Pero al finalizar mis meditaciones sobre estos capítulos, no puedo negarme a añadir. ¡Que tenemos en la historia de Rahab en Jericó, un vívido recuerdo de Israel en Egipto, y de los frutos del remanente que será enviado al final! Y otra vez digo que es bello tener este cuadro de salvación de un pecador, justo cuando estamos a punto de entrar en esa escena que nos habla del reino o de la gloria. Porque, en principio, hay sólo un paso —justo como los dos cruces del Jordán están cerca el uno del otro. "*A los que justificó, a estos también glorificó*" y como en el abrir y cerrar de ojos, el ladrón creyente sobre la cruz fue el santo en el paraíso con Cristo.

Sin embargo, éste es un día de juicio. La venganza de la justicia debe ser ejecutada sobre los Amorreos, que ahora habían llenado la medida de sus pecados. La paciencia de Dios ya no podía esperar más (Gén.15:16). Pero si el Señor juzga esto en el mundo, ciertamente no pasará por alto lo mismo en Sus santos. Esto lo vemos en Gilgal, en lugar, por tanto, de las victorias de Israel, la purificación de Israel debe tener lugar primero. En lugar de ir de poder en poder, deben hacerse nuevamente las primeras obras. Si no nos juzgamos a nosotros mismos, el Señor lo hará, para que no seamos condenados con el mundo. El campamento de Israel no será como la nación cananea, aunque en un tiempo haya podido ser como Jericó, vemos que por el pecado de Acán, en la batalla de Hai murieron treinta y seis hombres. Pero éste es sólo un retraso. El valle de Acor es una puerta de esperanza (Oseas2:15). "*Y los sabios del pueblo instruirán a muchos; y por algunos días caerán a espada y a fuego, en cautividad y despojo. Y en su caída serán ayudados de pequeño socorro; y muchos se juntarán a ellos*

*con lisonjas. También algunos de los sabios caerán para ser depurados y limpiados y emblanquecidos, hasta el tiempo determinado; porque aun para esto hay plazo*" (Daniel 11:33-35).

El tiempo de juicio del pueblo de la tierra ha llegado, y juntamente con eso, el tiempo para poner a los hijos de Abraham en posesión de ella. Si los Amorreos habían colmado ahora la medida de sus pecados, Israel ahora ha llenado la medida de su esclavitud y peregrinaje.

El vaso ha sido limpiado, y entonces el tesoro es puesto dentro. Así debe ser. Éstas son las demandas de la santidad y la gracia, y tales demandas deben ciertamente ser respondidas. Ésta es la imagen del camino de Dios, y necesariamente así, de principio a fin.

Luego, éste es un día de juicio sobre las naciones, como lo fue el día de Noé sobre el mundo antes del diluvio, o el día de Lot sobre las ciudades de la planicie, o el día de Moisés sobre la tierra de Egipto. Y como Josué vio al alzar los ojos a un varón que tenía una espada desenvainada en su mano, que había venido como el "Príncipe del ejército de Jehová", así también será visto saliendo del cielo con una ropa teñida en sangre seguido por sus ejércitos celestiales, "*De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones…*" Apoc.19:15.

La espada de Josué, por lo tanto, debe ser interpretada como la espada de un juez, más bien que como la espada de un conquistador. La concesión de su herencia a los hijos de Abraham puede parecer la principal causa de esta gran acción, pero esto está realmente fundamentado sobre el hecho de que la iniquidad de los Amorreos ahora había llegado a su colmo. La espada de conquista para Israel es la espada de juicio sobre los Cananeos —y el pueblo de Jehová debe esperar a que el pecado de aquellas naciones madure y venga el juicio de Jehová, antes de que ellos puedan alcanzar la herencia (ver Gén.15:16).

Esto es exactamente lo que sucede en estos mismos momentos. El reino milenial, que es la herencia de Cristo y los santos, no será alcanzado hasta que el mundo haya llenado su medida y la espada de juicio lo haya visitado. Lo que juzga al mundo, limpia el camino para el reino y la herencia, como una vez la espada de Josué lo hizo. Así leemos en los versículos de Apoc.14, "*Miré, y he aquí …a uno semejante al Hijo del hombre, que tenía en la cabeza una corona de oro, y en la mano una hoz aguda*", "*Mete tu hoz, y siega; porque la hora de segar ha llegado, pues la mies de la tierra está madura*".

Pero, además: Esto siendo así, la espada de Josué es realmente la espada de Jehová, la victoria del gran capitán de Israel es realmente el juicio de Dios, y vemos al mismo Dios interfiriendo directamente. Piedras son arrojadas desde el cielo en la batalla de Gabaón, y el sol y la luna se detuvieron en su curso hasta que Josué hubo vengado a Jehová sobre Sus enemigos y obtenido la victoria para Su pueblo. Ha sido así en días de otros y más anteriores juicios, porque "*la venganza pertenece a Dios*". Dios es el Juez; como se ha señalado del mismo comienzo. Porque fue Dios quien tomó en Sus manos el juicio de Caín (Gén.4:15).

Y fue el mismo Dios quien trajo las aguas del diluvio en días de Noé. Y fue el mismo Dios quien hizo llover fuego del cielo y azufre sobre las ciudades de Sodoma y Gomorra. Y fue Dios mismo también quien envió plagas sobre la tierra de Egipto, y quien finalmente miró a través de la columna de fuego, y destruyó a los ejércitos de Egipto en el mar Rojo.

Y así, si leemos Apocalipsis que registra para nosotros el juicio del mundo justo antes que el reino de gloria sea establecido, encontramos que será el mismo Señor quien abrirá los sellos, y permitirá aquellas visitaciones de ira sobre la tierra; y al final, como el Jinete sobre el caballo blanco, destruirá a toda la confederación apostata del mundo. Ese Jinete, saliendo del cielo para juzgar la Bestia y su ejército es como Jehová mirando a través de la nube sobre el ejército de Egipto.

"*Y mientras iban huyendo de los israelitas, a la bajada de Bet-horón, Jehová arrojó desde el cielo grandes piedras sobre ellos hasta Azeca, y murieron; y fueron más los que murieron por las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel mataron a espada.*

*Entonces Josué habló a Jehová el día en que Jehová entregó al amorreo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los israelitas: Sol, detente en Gabaón; y tú, luna, en el valle de Ajalón. Y el sol se paró y la luna se paró, hasta que la gente se hubo vengado de sus enemigos*" (Jos.10:11-13)

Realmente es muy sorprendente, Josué parece haber comprendido el carácter de ese momento. Los granizos de piedra, admito, pueden señalarnos que el cielo estaba haciendo suya la batalla. Pero la historia de otros días de juicio, tales como aquellos a los cuales ya nos hemos referido, como de los días de Caín, Lot, y Moisés, fue abundante como para permitir además saber que Él mismo era el ejecutor del juicio, y Josué, por tanto, ahora pondría las armas de guerra y los instrumentos de venganza en Sus propias manos, porque él bellamente comprendió, nuevamente digo, el carácter de ese momento. Él nos recuerda a Juan en los evangelios. Juan representa ese sabor y simpatía espiritual que lo hacía rápida e instintivamente, descubrir a su Señor. Y Josué ahora celebra su conocido oráculo, y sin ninguna reserva o estorbo en su espíritu, y con toda libertad y autoridad, dice: "*Sol detente en Gabaón, y tú luna en Ajalón*". Él sabía que el juicio de Dios estaba en curso, y que podía ponerlo en Sus manos; él sabía que Dios peleaba por Israel, y por tanto le dejaba a Él la batalla. Este tono de decisión, a causa de la claridad en la luz y conocimiento de la mente de Cristo, es algo muy fino. Los espías, en el capítulo 2, no fueron reservados o dudosos al prometer seguridad a Rahab. Ellos no volvieron para consultar con Josué en busca de alguna autorización, porque conocían su derecho a prometerle salvación a Rahab, pecadora y cananea como era ella y tenían el espíritu de fe, y eran vasos de la luz de Dios. Ellos "juzgaron en sí mismos" porque sabían cuál era la aceptable y buena voluntad de Dios, en tal momento, y así aquí, en el capítulo 10, Josué no tarda ni duda, sino que actúa rápidamente y con decisión, y eso, también, algo más allá de lo que podía ser estimado como las más altas

prerrogativas de una criatura, aun en gracia; él habló a los cielos, y mandó al sol y luna. ¡Maravilloso! El Espíritu, registra tal momento, y se detiene para que admiremos esto. "*Y no hubo día como aquel, ni antes ni después de él, habiendo atendido Jehová a la voz de un hombre; porque Jehová peleaba por Israel*" (Jos.10:14).

Ésta fue realmente una gran ocasión; pero hay días semejantes después, y aún así no hay sorpresa ante ellos. El Señor Jesús manda a los vientos y las olas. Él detiene las fuerzas de la naturaleza, ya sea que éstas perteneciesen a los cielos o la tierra, pero el Espíritu, que registra estos hechos también, no se maravilla ante ellos, porque realmente esto no era una maravilla. La voz de Josué era sólo "*la voz de un hombre*", como leemos, y Cristo era "*Dios, sobre todo, bendito para siempre*". Pero este momento puede ser lleno de admiración para nosotros. Josué sabía que la batalla era de Jehová a favor de Su pueblo, y también que el juicio y venganza le pertenecía a Él, y él mandó al sol y luna que esperaran y dieran espacio para que Dios terminara Su obra aquel día, para que realizara Su poderosa y extraña obra, más también Sus obras de misericordia; y juicio.

Y como leemos en estos capítulos, Dios endurece los corazones de los cananeos en su día de juicio, como antes había endurecido el corazón de Faraón en su día de juicio, y como lo hará en el futuro, enloquecerá al mundo antes de juzgarlo, y le enviará un espíritu de mentira y engaño. El corazón de estas naciones de los Amorreos estaba ahora endurecido contra Israel, y ellos se lanzaron a la batalla contra el escudo del Todopoderoso, como leemos; o como volvemos a leer, para dar coces contra el aguijón en el entontecido espíritu de propia destrucción.

Así también, de la misma forma está escrito los futuros juicios sobre el mundo, los cuales de una forma sorprendente emplean los mismos hechos: "*sucederá que al caer la tarde habrá luz*" (Zac.14:7) "*Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo como el peso de un talento; y los hombres blasfemaron contra Dios por la plaga del granizo; porque su plaga fue sobremanera grande*" hablando de la séptima y última copa derramada (Apoc.16:21).

*J. G. Bellett y otras meditaciones*

## *UN CUADRO MILENIAL*

### *Éxodo 18*

«Este capítulo termina la primera parte del libro de Éxodo. Hasta este punto, los tratos de Dios con Israel han sido en gracia soberana. Jehová recordaba Sus promesas a Abraham, Isaac y Jacob, y así en la gracia de Su corazón vino, descendió para darles una gran salvación. Egipto debía ser juzgado y su poder quebrantado. Israel sacado de la tierra de la muerte con poder divino, después de haber sido protegido del santo juicio de Dios por la sangre del cordero pascual. De la ley aún no se había hablado; todo era gracia. Esto siendo así, todas sus murmuraciones habían sido toleradas y sus necesidades suplidas. Les había sido mostrado el árbol que endulzaba las aguas amargas de Mara (cap.15), pan del cielo y codornices les habían sido suplidos (cap.16), y agua de la roca (cap.17). Cual haya sido su perversidad, no leemos de ninguna plaga en el campamento, ni de serpientes ardientes.

El cap.18 cierra esta sección. Y entonces notamos un cambio. La gracia no habiendo sido apreciada, los términos de la ley son propuestos, y rápidamente aceptados por el pueblo, que no conocía sus propios corazones, tampoco al Dios con quien tenían que tratar.

Pero es adecuado por tanto que la sección de gracia se cierre con un cuadro milenial. La gracia siempre termina en gloria, sea en el cielo o sobre la tierra».

Típicamente, Éxodo comienza mostrándonos a Israel en Egipto, y la tierra es vista en su culpabilidad ante Dios, porque está escrito de ella, "*Se levantó un nuevo rey sobre Egipto, que no conocía a José*". La tierra era de este modo desagradecida, y rebelde. Ella se había alejado de José, y así también, de Dios mismo, de Aquel que había llenado sus graneros con abundancia, y su trono con honor y poder. De este modo Egipto era una miniatura del mundo —el gran apostata de su justo Señor y bondadoso benefactor. Y Dios no tenía santuario, ni altar allí. Su pueblo habría sacrificado la abominación de esa tierra (Éx.8:26), por tanto, ellos debían ir al desierto para tener su fiesta, o hacer su servicio a Jehová. Todo estaba en un estado de apostasía y de madurez para el juicio. El recuerdo de José había sido despreciado, y todo lo que quedaba para José era puesto a hacer ladrillos (Éx.1).

Así se nos presenta a Moisés, en su persona y carácter, antes que salga para realizar su servicio señalado, ya sea entre extranjeros o en Israel. «Moisés se nos muestra aquí como un tipo de Cristo; primero sentenciado a la muerte por el poder del mundo; después rescatado de la muerte; y posteriormente siendo usado por Dios para liberar a Israel de sus enemigos. Él es ahora visto como su gobernador estableciendo el orden y el gobierno entre ellos. Una vez más ellos están ante Dios sobre el fundamento de gracia, todos los intentos humanos de

justicia son puestos a un lado para siempre».

A través de su incredulidad, al rechazar al libertador, los hijos de Israel fueron dejados por un tiempo en los hornos de ladrillos de Egipto. Pero aquel que rechazaron es aceptado en otro lugar, y se sienta no a la cabeza de una nación, sino de una familia, gozando intimidades y afecciones más dulces e íntimas que las que había conocido antes entre su propia parentela. Un extranjero lo recibe. Jetro, el madianita, le abre su casa, y le da su hija en matrimonio, porque él había venido a ser su libertador, aunque, a pesar de la misma gracia hacia ellos, Israel lo había rechazado.

Esta familia de extranjeros es místicamente la iglesia tomada de entre los Gentiles durante el alejamiento entre Dios e Israel, como a menudo se ha observado entre nosotros, amados. No me detengo por tanto para considerar esto de modo particular. Pero (como generalmente lo sabemos) la bendición no es agotada sobre esta familia de extranjeros. Israel es recordado todavía, aunque ellos han rechazado al libertador. De acuerdo con esto Moisés, en debido tiempo, es llamado para cambiar la escena de su acción nuevamente, y debe llevar la fortaleza y amor redentor de Dios nuevamente a Israel en Egipto. Porque Él es su única esperanza y canal de bendición. Si en su angustia Israel clama a Jehová, la respuesta debe venir por la mano de Aquel a quien una vez rechazaron. Jehová no tenía otra ayuda para ellos. Pero Él puede y responderá. Los oídos de Jehová han escuchado el clamor, y Moisés es inmediatamente enviado en su camino de retorno de Medían a Egipto para ayudar a Israel. «Así la libertad de Israel se realizará durante la tribulación sin paralelo de los últimos días (Daniel 12:1); pero entonces la esposa celestial estará segura en la casa del Padre, para aparecer con el Señor cuando Él venga para inaugurar Su tiempo de gloria terrenal».

La zarza ardiendo es ahora el símbolo del constante cuidado de Dios por Israel, aunque en el horno de Egipto. Ésta dice a Moisés como en todas sus aflicciones Jehová fue afligido, y como el ángel de Su presencia todavía los había preservado. Y es en conexión con esta zarza mística que Horeb es llamado primeramente el "*monte de Dios*". Porque fue allí primeramente que Jehová habló de Sí mismo. Aquel que "*moraba en la zarza*" tenía una buena voluntad hacia ellos, porque si el Hijo de Dios estaba en el horno con Su pueblo, era para preservarlo. Y este mismo lugar que ahora de este modo testificaba de la gracia, dentro de poco también les testificaría de la gloria, como aquí dice a Moisés, "*cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte*" (Éx.3:12).

Porque Egipto era el mundo, como he dicho. Egipto había colmado sus pecados, y despreciado el día de gracia en José, y ahora viene bajo juicio por Moisés. Esto era como la ira del Cordero descendiendo sobre aquellos que rechazan la sangre del Cordero.

Y era completamente justo y adecuado que en ese momento Séfora fuese

enviada a casa de su padre. El Espíritu, sin embargo, ha dejado esto sin certeza. Y justamente así, como pienso, porque su partida al hogar en Madián es típicamente el ocultamiento de la familia celestial, en la casa del Padre, hasta que el Señor, el verdadero Moisés, conduzca estos juicios sobre Egipto (figura del mundo), que han de terminar en la libertad de Su pueblo terrenal y en el reino.

Pero Egipto siendo juzgado, Israel redimido, disciplinado, y guiado a los límites del monte, el debido tiempo había llegado para la reaparición de Séfora, la esposa Gentil. Ella es ahora manifestada, traída por su padre, para reunirse con Moisés en "*el monte de Dios*", cuando la acción de juicio y redención ha sido ahora gloriosa y plenamente cumplida.

La escena aquí es de este modo sorprendentemente bella y significativa. Tenemos aquí (como otro lo ha llamado justamente) «al misterioso ceneo», porque Jetro es un tipo o misterio, una señal de aquello que es especialmente el misterio; él aquí encuentra y se reúne con los redimidos herederos de la bendición terrenal que hasta ahora eran extraños para él. Jetro viene de regiones desconocidas para Israel. Pero cuando ellos se encuentran no hay falta de un pleno compañerismo. Una mano común parece haberlos guiado a uno hacia el otro. Los hechos de Jehová, Sus famosos hechos a favor de Israel, son relatados, cuando Jetro y Moisés se besan el uno al otro, y la afección familiar ha tenido su lugar. Los extranjeros felicitan a las tribus terrenales por su reciente rescate y próspera jornada al "*monte de Dios*" y ahora la unión del gran libertador de Israel, con su distante y desconocida familia es manifestada. Hasta aquí ésta había sido una unión oculta. Pero ahora la esposa y los hijos, llevados por el padre, aparecen en presencia de su parentela carnal, y toman un lugar más cercano ante Moisés, el gran centro de toda la escena.

Aquí está nuevamente la escalera, la comunión de los cielos con la tierra en los días de gloria. El alejamiento, por un tiempo, de Moisés de Israel, su permanencia u ocultamiento entre los gentiles con su esposa, e hijos allí, después su retorno a Israel, su redención y disciplina bajo su mano, la destrucción del gran enemigo que se atrevió a desafiar la gloria de Jehová, y finalmente, el lugar de paz, "*el monte de Dios*"; donde extranjeros e Israel (ambos, aunque de forma diferente, han encontrado su unión con Moisés el libertador común) se encuentran allí por primera vez para regocijarse juntos, mientras el extranjero ocupa las dignidades e intimidades más cercanas: todo esto nos habla del relato místico de los cielos y la tierra en el reino futuro de la dispensación de la plenitud de los tiempos. La unión de la esposa y el esposo, que antes habían estado ocultos, es ahora publicada, y el Gentil está más cerca de Moisés que toda su parentela en la carne.

*J.G.Bellett, con algunos comentarios*
*de W.W.Fereday.*

## *"EL REY PRESENTADO AL PUEBLO"*
## *JOÁS REY DE JUDÁ* **(2a Reyes 11 y 12)**

Estos capítulos nos dan un relato de una interrupción del gozo en el trono de Judá, y a la casa de David sufriendo. Y no dudo que esto es expresivo del tiempo ahora presente, cuando la misma cosa puede decirse —que la simiente y casa de David no están en la ocupación del trono y poder de David.

Atalía, la hija de Acab y de Jezabel y, como puedo llamarla a ella, la Jezabel de Judá, era el instrumento para realizar esta iniquidad. Una asesina, idolatra, usurpadora, ella excede en pecado aquí, como Acab y Jezabel lo hicieron en Israel, hasta que la ira de Dios los visitó y los quitó de en medio. La simiente real era el objeto de estos designios asesinos, para que ella pudiese apoderarse de la corona para ella misma, y (como quizás ella juzgaba, con infiel osadía) derribar la promesa divina a la casa de David (1ª Rey.2:4).

Su acto fue semejante al de Acab hacia la viña del justo Naboth, o al de toda la nación después frente al Señor de la viña, o Heredero del reino. Pero hay un secreto y un poder de Dios que frustra todos sus planes. Por medio de la resurrección del Señor Jesús Él lleva a nada todo los ardides del enemigo, así es aquí, Joás, un hijo de resurrección, es usado como Su instrumento para semejante fin. La sentencia de muerte había salido contra él. Pero el Señor tenía una libertad preparada para él, ya que Él tenía grandes propósitos que cumplir por y en él, por tanto, él es sacado del lugar de la muerte (como Moisés en caso similar) por la hija de un rey, Josaba quien estaba casada con el sumo sacerdote Joiada.

Debe notarse con atención que, siendo sacado del lugar de la muerte, él es ocultado por el sacerdote de Dios en "*la casa de Dios*", y eso "*hasta el séptimo año*". Éste es un sorprendente cuadro de los distantes propósitos de Dios concerniente al verdadero Heredero del trono de Judá. Porque el Señor Jesús, siendo sacado del lugar de la muerte por medio de la resurrección, está oculto durante toda una edad en la casa de Dios, y los cielos ahora lo han recibido como el Sumo sacerdote de la actual casa de Dios. El ocultamiento de este heredero de David por un tiempo, como una justa figura del actual ocultamiento de Cristo Jesús en los cielos. Ciertamente que puedo decir, que esto es una señal o "figura", algo que debe ser tratado como un tipo o misterio.

Pero Joás no está siempre donde la mano de Dios puede protegerlo. En debido tiempo Joiada prepara un remanente en Judá a favor de él con quienes hace un pacto en la casa de Dios, y a quienes les muestra "*al rey*" y después los prepara y usa; él los prepara y les provee de armas de guerra para el día de la batalla, con armas sacadas de la armería de David, y los establece en orden, para arrojar al atrevido usurpador del trono. Y esto es hecho con la misma perfecta y santa inteligencia del pensamiento de Dios, como lo había sido el ocultamiento en el santuario. Ninguna sangre debe manchar el templo —los malos deben ser

cortados en este día de justo juicio sin misericordia y "*el hijo del rey*" debe ser sacado de la misma casa de Dios. Estas tres cosas deben ser cuidadosamente observadas en esta gran ocasión: el rey debe ser entronizado; el malo debe ser muerto; y el templo no debe ser contaminado. Todo esto debe ser hecho conforme a Dios. Y entonces, acompañado con la debida solemnidad por el poder de su reino, el justo en quien él podía confiar, y en un día sábado, el día preparado para esta manifestación a Judá, el rey sale de su lugar en el cual había estado oculto.

Joiada, quien, como sacerdote, había sido el guardián del niño durante todo el tiempo de usurpación, ordena toda la materia de su coronación y manifestación. El rey debe ser llevado desde el ***santuario*** al ***palacio***. Conforme a esto él es sacado del templo, y justo al lado afuera, es proclamado en medio de las aclamaciones del pueblo; el testimonio como también la corona siéndole dadas: uno significa su sujeción a Jehová, lo otro su soberanía sobre Israel.

Atalía, la usurpadora, es entonces muerta más allá de los recintos del templo. Porque aun en la restauración del rey y la paz del reino, los sacerdotes no sacrificaran la santidad del templo. Hermoso testimonio de que el Señor mantendrá todas Sus glorias en todos Sus designios, y ésta nunca se nublará durante el brillo de otra gloria. El pacto de todo el pueblo es hecho entonces: ellos aceptan al rey, y el rey los adopta a ellos. Todas las cosas que ofenden y hacen iniquidad son quitadas del camino —la casa, los altares, las imágenes, y los sacerdotes de Baal. Y al final, el rey pasa por en medio del cuerpo de guardias, que gozoso lo rodea; y, como otro Salomón, en paz y dignidad, lleno de honor y de la felicidad de su pueblo, se sienta en el trono de la casa de David.

¿Puede alguna cosa expresar más bellamente el retorno del Señor Jesús de Su santuario celestial? Porque ¿No aparecerá Él en medio del poder y justicia de Su reino? ¿No será éste un tiempo cuando un sábado estará nuevamente preparándose para Israel, y para toda la creación? ¿No será, semejante, al día de visitación sobre aquellos que han derramado la sangre de los justos y corrompido la tierra? El cielo será abierto, y ese será el día del coronamiento del Señor Jesús, y de alegría para Su pueblo —como aquí, el sacerdote unge a Joás, y pone la corona sobre su cabeza, y el testimonio en su mano, conforme a la antigua ordenanza de Dios (Dt.17); mientras el pueblo clama, "*¡Dios salve al rey!*", el rey se muestra a sí mismo en su belleza, y como vivo de entre los muertos; y el malo, el usurpador y asesino, perece en su presencia.

Nada puede darnos más exquisitamente la distante visión de nuestro verdadero David que todo esto. Vemos, como si fuese, Su descenso del cielo, de la casa de Dios, en poder y gloria. Y éste era el adecuado momento para tal tipo. Porque esta usurpación de Atalía era la plena apostasía de Judá, el tiempo para que el Señor apareciese nuevamente, como en la iniquidad de Babel y Sodoma antiguamente, para castigar a la tierra por su iniquidad, y como resultado de eso, para poder tomar Su santo poder y honor. Y la tierra está nuevamente llena de David. No sólo la guardia del rey ha sido armada con las lanzas y escudos de David —que habían sido guardadas aparte y permitido, oxidarse por falta de uso

mientras el heredero estaba oculto en el santuario, —pero ahora, las ordenanzas de David eran observadas y escuchadas (2ª Crón.23:18). El sacerdote es cuidadoso en llenar la escena de recuerdos de David. Y Baal y sus siervos son puestos a un lado, y el Dios de Israel es puesto nuevamente en Su lugar; es Jehová, Dios, y David Su siervo, como lo será en el glorioso anti-tipo. Y ahora un pacto mayor es establecido, como ya hemos observado. Ahora no es solamente el sacerdote tomando un juramento a algunos a favor del oculto Joás, y mostrándoselos a ellos simplemente. Ahora el sacerdote llevando a todo el pueblo, al rey y Jehová, dentro de un santo pacto de gracia nuevamente, para que ellos sean el pueblo del Señor, y después mostrándoles al justo heredero de toda la gloria, no sólo a algunos, sino a toda la congregación de Israel. Y de este modo la ciudad estaba quieta, el pueblo de la tierra se regocijaba, el rey permanecía sentado en su trono y el sacerdote restaura el servicio y la adoración al Dios de Israel. Ésta fue la gran restitución de todas las cosas. En esta forma las cosas son completamente cambiadas. No se trata más del rey oculto en la casa de Dios, y de una mujer extraña sobre el trono, como había sido hasta entonces, como si estuviese cabalgando sobre la bestia, con Baal introducido en el templo del único y verdadero Dios contaminado y arruinado; sino del rey manifestado y reconocido por su dispuesto pueblo; la usurpadora juzgada, y el santuario y la adoración de Dios observándose nuevamente con todo honor.

Pero con Salomón, así fue también con Joás _es sólo por un tiempo. Adán perdió Edén pronto, después de ser un hermoso tipo de Cristo y la iglesia. Del mismo modo Salomón pronto perdió el glorioso propósito de mostrar en tipo, los honores terrenales y el reino del verdadero Hijo de David. Y Joás ahora, tan pronto como Joiada se ha ido, deslustra toda su brillantez.

Por esto vemos, que mientras Joiada el sacerdote vivía, el reino fue mantenido por el rey Joás en su santidad y belleza. Y esto nos muestra nuevamente, en tipo, que, en el reino futuro, cuando veamos al Rey y al Sacerdote juntos, todo estará bien. Como está escrito, "*Él llevará la gloria, y se sentará y gobernará sobre Su trono, y habrá consejo de paz entre ellos*". Así también, porque el Sacerdote de ese reino no puede morir, siendo hecho sacerdote "*conforme a una vida interminable*", y porque el Rey de este reino no podrá fallar ni hacer lo malo, y porque Su cetro es uno de justicia, como se dice de Él, "*has amado la justicia y aborrecido la iniquidad*", por tanto, esta paz y honor permanecerán a través de todos Sus tiempos, hasta que Él haya entregado el reino. "*En sus días florecerá la justicia, y la abundancia de paz durará como la luna*".

Esto es, realmente, una fuerte expresión de la gloria de Cristo, Su retorno de los cielos que es el santuario de Dios, la ejecución del juicio, después la toma de Sus honores sacerdotales y reales, y del dominio en la tierra. Cosa feliz es para nosotros meditar en tales cosas.

*Obtenido del estudio de Reyes por H.Rossier*

## *"EL HIJO DE LA SUNAMITA"* (2a Reyes 4:8-37)

Aparte de los hijos de los profetas, había aún, en medio de la multitud del pueblo ya juzgado, y de hecho rechazado, un testimonio de fe individual. La sunamita es un ejemplo. Esta mujer era rica[1], en contraste con la viuda de los hijos de los profetas que estaba en completa necesidad; pero ella era una mujer de fe como su historia lo prueba.

Ella ejerce la hospitalidad hacia el extranjero que pasaba por Sunem, pero al cabo de algunas visitas, se da cuenta del carácter de su invitado. La conversación, y sin duda toda la manera de ser del profeta, hacen que su carácter sea reconocido. Ella no juzga a primera vista, sino que espera las señales exteriores que aclararán. Ella tiene el "sobrio buen sentido" de la fe. "*He aquí*", dice ella a su marido, "*conozco que éste es un santo hombre de Dios que pasa a nuestra casa continuamente*". Ella ha comenzado por retenerlo, y el profeta encuentra simpatía que corresponde a su carácter. Cada vez que él pasaba, se apartaba hasta allí. Este es "*un santo hombre de Dios*", dice ella; él tiene, para su corazón, no solamente el carácter oficial de un portador de la Palabra, sino que ella lo reconoce como "*santo*", como realmente separado para Dios en su vida práctica, porque no es todo tener un don de parte de Dios, es necesario, para acreditarlo, un carácter moral que corresponda a éste. El viejo profeta de Betel tenía el don sin este carácter (1ª Reyes 13). Cuán importante es para todo obrero del Señor tener cuidado de esto. El don queda sin fruto, aunque eminente como pueda ser éste, cuando no está acompañado de una autoridad moral, que pueda alcanzar la conciencia de los auditores con las palabras que lo acompañan. Por lo demás, el mismo portador del don, pierde su energía persuasiva, cuando su conciencia no es recta ante Dios y ante los hombres. "*Espero también*", decía el apóstol, "*que seamos manifestados a vuestras conciencias*". Era así con Eliseo "*conozco que éste es un santo hombre de Dios*", decía de él la sunamita.

Veamos como ella se da cuenta de lo que conviene a un hombre de Dios. Su riqueza habría podido impulsarla a prepararle una habitación adornada con

[1] Cosa digna de destacar, la Palabra escoge generalmente a ricos como ejemplo de aquellos que no alcanzan la salvación. Salvo en el caso del ladrón en la cruz, no recuerdo que un pobre sea dado como ejemplo de aquellos que se pierden. Judas tenía la bolsa; era el único entre los discípulos que tenía alguna cosa. El Evangelio era anunciado a los pobres, y los ricos, como aquel de la historia de Lázaro, tenían su parte en esta vida. Los graneros del rico, al cual su alma le es pedida, estaban colmados de grano. Los ricos de la Epístola de Santiago habían juntado un tesoro en los últimos días, y condenado al justo, caen bajo la maldición. Eran ricos quienes, en la parábola de la gran cena, decían: "*excúsame*", y fueron todos rechazados. El joven rico, aunque amable, se priva a sí mismo de la salvación, cuando se trata de abandonar todo para seguir al Señor Jesús. El hijo pródigo era rico cuando dejó a su padre, y despojado de todo cuando volvió a él. Pero hay excepciones a esta maldición que las riquezas llevan consigo, porque si la salvación de un rico es imposible para los hombres, todo es posible para Dios. La Sunamita nos ofrece aquí un ejemplo precioso. Zaqueo quien recibió al Señor Jesús en su casa. José de Arimatea que cuidó del Señor en su muerte, eran hombres ricos.

todo el confort posible. No; ella se olvida de su posición, para no pensar más que en lo que conviene a un hombre para el cual las riquezas no tienen ningún valor, o que las despreciaría, como siendo una trampa del enemigo. Lo que le importa en cuanto a ella es no tener a Eliseo solamente de paso, sino de prepararle un domicilio en su casa. Mientras más conocemos a Cristo, con Su Palabra que lo revela (y de la cual Eliseo era el portador), más desearemos que ellos formen parte de nuestra vida, y que estas palabras sean inscritas en la puerta de nuestra casa: "*Aquí, habita la Palabra de Dios*". Esta no es más para nosotros un gozo pasajero, o su lectura sólo un deber que cumplir, sino que ella forma parte de nuestra vida, de nuestra familia, de nosotros mismos. La fe, en el cristiano más favorecido con bienes de este mundo, se mostrará siempre por esta simplicidad exterior. "*Hagamos, te ruego, un pequeño aposento de paredes, pongamos allí una cama, una mesa, una silla y un candelabro, para que cuando él venga a visitarnos, se quede en él*". Sólo, la falta de inteligencia y de comunión con el Señor actúan de manera diferente. Aquellos que forman parte de la familia de Dios y poseen bienes de este mundo, no meditan lo suficiente acerca del peligro de ofrecer a sus hermanos, responsabilizados en la obra del Señor, más que lo necesario. Si el hermano es espiritual, aún un lujo relativo lo incomodará y será un estorbo para la libre expansión de su corazón, dispuesto a aportar a sus hospedadores alguna cosa de parte de Dios; si su vida cristiana está debilitada, esta prosperidad será para él una trampa y dejándose vencer por ésta, volverá al lugar donde ésta le es ofrecida, no por el Señor solamente, sino para satisfacer las necesidades del bienestar que no son necesidades más que de la carne.

La consagración e inteligencia de esta mujer ganan el corazón del profeta, como éstas atraen el corazón de Cristo, éstas también reciben su recompensa. Eliseo llama a la sunamita; hay una cosa que él quiere darle: "*ella estuvo delante de él*", como él mismo lo hacía ante Jehová. Hay una bella concordancia entre las posiciones recíprocas de este hombre de Dios y esta mujer de fe. Él la quiere recompensar por sus cuidados, pero antes la pone a prueba para ver si ambos corazones laten al unísono: ¿Quiere que hable por ella al rey o al jefe del ejército? ¿Hay en ella algún deseo de aumentar sus recursos en este mundo? Ella rechaza esto, y veremos más tarde que estas cosas le fueron concedidas, en un tiempo de necesidad cuando no eran más una trampa para ella. Por el momento, ella responde: "*yo habito en medio de mi pueblo*". Hermosa respuesta, digna de esta mujer piadosa. Ella reconoce como su pueblo a esta nación, sobre la cual el juicio está suspendido, y no se separa de éste. Ella ve lo que sólo Dios puede distinguir, y lo que sólo la fe puede realizar. En tanto Dios reconocía todavía alguna cosa en él, este pueblo es Su pueblo, y ella no tiene otro deseo más que formar parte de éste. En medio de la ruina, ella se adhiere al pueblo de Dios, como Elías con su altar de doce piedras, cuando las doce tribus no existían más como un conjunto visible. No le es necesaria otra cosa; ella se contenta con el reposo, comunión y paz que esta habitación le aporta en medio del desorden existente.

En nuestros días, una verdadera fe no es diferente a aquella de la sunamita; ella no busca la mejora de un estado de cosas completamente alejado

de los pensamientos de Dios, pero ve lo que Dios ha establecido en sus consejos. Teniendo a la vez la conciencia de la ruina de la Iglesia, como casa y pueblo de Dios aquí abajo, ella vive en paz, manteniéndose en aquello que Dios ha establecido desde el comienzo, a esta Iglesia, edificada sobre el nombre de Cristo resucitado, y que ella considera con los pensamientos y afecciones del Señor, tal como ella se la presentará en la gloria. La fe no busca ni trata de reedificar las ruinas, y dice: "*habito en medio de mi pueblo*", como si todo estuviese en orden, porque los pensamientos de Dios en relación con Su pueblo son una realidad para ella.

Sin embargo, el corazón de la sunamita alimenta un deseo secreto, un gran deseo. Necesitaba un objeto para sus afecciones. Un tal deseo, elevado, inaccesible, no se lo ha descubierto a nadie; pero el siervo del profeta puede distinguir que le falta una cosa, sin la cual la dicha siempre sería incompleta. "*Ella no tiene hijo, y su marido es viejo*". Esta esterilidad, modificada según las circunstancias, la reencontramos constantemente en las mujeres piadosas en Israel, y hemos hablado de ello más de una vez en el curso de nuestras meditaciones. Ésta era, para estos corazones fieles, la más grande prueba posible. Su santa ambición era, no solamente tener una posteridad, sino ser introducida de esta manera en una relación personal, cercana o alejada, cual fuese, con la persona y linaje del Mesías. Para estas mujeres, un hijo era entonces el bien supremo. La sunamita no expresaba esta necesidad, y aceptaba las circunstancias en las cuales la providencia de Dios la había puesto, solamente que el vacío estaba allí, profundamente probado en su corazón.

Es lo mismo para nosotros los cristianos. Todas las bendiciones espirituales no pueden bastarnos, si no hemos encontrado un objeto en la posesión personal de Cristo. Tenerlo, conocerlo, amarlo, verlo, hacer reposar nuestra cabeza sobre Su pecho como el discípulo amado, estar a Sus pies como María, contemplar Su gloria como discípulos en la santa montaña, interesarse en el menor detalle de Sus circunstancias, porque Él se ha apoderado de nuestros corazones, ver Su belleza Divina como los padres de Moisés, todo esto y muchas otras cosas, constituyen la inapreciable dicha de aquellos que le pertenecen. Jehová, por medio de Eliseo, concede un hijo a esta mujer, como el Espíritu Santo, por la Palabra, nos aporta a Jesús y lo hace morar en nosotros, Él, la esperanza de la gloria.

Eliseo llama una segunda vez a la sunamita. La primera pregunta del profeta era una prueba de su fe, y esta prueba había demostrado que esta mujer no estaba procurando obtener las ventajas que el mundo podía dar. Ella había aprendido, en la escuela del santo hombre de Dios, cuáles eran los verdaderos intereses de un testigo en medio de la ruina de Israel. Y le dice la mismas palabras que el ángel de Jehová había antiguamente dicho a Sara: "*en esta misma época, tú abrazarás un hijo*" (Génesis 18:10). ¡Ah! Es que este niño es también un hijo de promesa, del mismo linaje que Isaac, que era el tipo de la verdadera simiente, de Cristo. ¡Cómo palpita su corazón con esta palabra!, "*¡No*

*mi señor, hombre de Dios, no mientas a tu sierva!*". ¡Es entonces una verdad! Su gozo es completo; ella ha encontrado en este don la satisfacción de todos sus deseos.

¡Ay! Este gozo, bastan sólo algunos momentos para perderlo: en el tiempo de la siega, todas las esperanzas de la sunamita se desvanecen. El hijo muere al mediodía. Fue lo mismo con las esperanza de los discípulos en el tiempo de Jesús. "*nosotros esperábamos*", dicen los dos discípulos camino a Emaús, "*que Él era quien había de redimir a Israel*".

El hombre de Dios es el único recurso de esta mujer. Ella acuesta al niño allí donde el portador de la Palabra descansaba. Ella lo había recibido de él, y muerto, ahora se lo confía. Este es un acto de fe. Si los discípulos de los cuales acabamos de hablar hubiesen tenido confianza en las Escrituras, no habrían tenido necesidad de que el Señor les abriese los ojos para saber que éstas anunciaban los mismos eventos que acababan de pasar bajo sus ojos.

La sunamita llama a su marido, le pide un asna y un siervo. ¡Qué angustia hay en su pobre corazón! Pero ella hace prueba de la misma fe que la había caracterizado al recibir al profeta, cogiendo la esperanza que se ponía ante ella. La muerte ahora ha intervenido, y parece haber destruido todo, pero la fe y la esperanza de la sunamita quedan intactas en medio de lo que parece destruirlas. "*Todo va bien*", dice ella, cuando tiene la muerte en el alma. ¡Qué palabra! Su hijo está muerto, ¡pero todo va bien! ¿Por qué? Es que ella es sostenida por la esperanza, esta digna hija de Abraham, de aquel cuya fe estimaba que Dios era poderoso para resucitar a Isaac de entre los muertos. Dios quien le había dado este niño y que lo había vuelto a tomar por medio de la muerte, puede devolvérselo en resurrección. Ella no espera menos que esto del hombre de Dios, ¡y como se apresura para ir a su encuentro! "*Anda; no me detengas*", dice a su siervo. Habiendo perdido el objeto de su corazón, ella no tendrá reposo más que cuando lo haya reencontrado. María de Magdala nos ofrece un ejemplo semejante. Ignorante y poco esclarecida, sin duda, pero quiere tener a Jesús cueste lo que cueste: "*decidme, donde lo has puesto y yo me lo llevaré*", y en el mismo momento lo encuentra resucitado.

Todo retraso es malo, un momento perdido puede comprometer todo; esta mujer no encontrará reposo más que cuando ella "*se aferre a los pies*" del hombre de Dios. La enfermedad del niño no había sido declarada por Dios al profeta y por más de una razón. Si él hubiese sabido del peligro, hubiese corrido, y el niño no hubiese muerto. Su dependencia de Dios no habría sido, de esta manera, puesta a prueba. El Señor, conocía la muerte de Lázaro, porque Dios conocía todo, pero, por el mismo motivo, como hombre dependiente, no ha corrido a Betania, porque, para hacerlo, no tenía una palabra de Su Padre. Si Eliseo hubiese conocido el peligro, la sunamita no hubiese "visto la gloria de Dios" que resucita a los muertos. Pero una tercera razón para ocultar la cosa al profeta es que la fe de la sunamita debía ser puesta a prueba hasta el límite. Ella no habría tenido la oportunidad de manifestarse plenamente, aún si el enviado de Dios se

hubiese presentado en su casa en el momento cuando su hijo acababa de expirar: de este modo, su fe tiene una obra perfecta. Ella dice: "*¿Te pedí un hijo mi señor? ¡no te dije que no te burlaras?*". Ella cuenta con Aquel cuyas promesas son sin arrepentimiento y depende únicamente de Su gracia que las da sin que uno las pida. Ella cree que, si los hombres son engañadores, Dios no puede mentir. Si Eliseo hubiese sido un hombre como los otros, él habría podido engañarla, prometer sin poder cumplir, pero él representa a Dios, y un hombre de Dios no podría actuar así. Ella no tiene entonces más que un recurso, la fidelidad de su señor, y no hace otra cosa, no conoce ningún otro camino, que dirigirse a él. Ella es realmente una mujer de "una sola cosa", pero tiene confianza en el único recurso posible y encuentra también una plena simpatía en el corazón de aquel a quien se dirige.

Aquí, su fe es puesta de nuevo a prueba. Eliseo dice a Giezi: "*Cíñete, y toma mi bastón en tu mano, y ve: si encuentras a alguno no lo saludes, ni le respondas, y pondrás mi bastón sobre el rostro del niño*". La sunamita, ¿Aceptará esto como remedio a su angustia, el emblema de la marcha del profeta, llevada por otro aparte de él? No, su fe no acepta ningún intermediario, porque no es Giezi quien salva o podría salvar. Ella ha aprendido, en la escuela del profeta, que el medio de obtener la bendición es estar en relación constante con Aquel que es la fuente. "Jehová", dice ella, "*¡Vive, y vive tu alma, que no te dejaré!*" éstas son las mismas palabras de Eliseo a Elías. ¿Cómo podría el hombre de Dios resistir a esta fe que lo toma a él mismo por modelo? ¿Podía él desear que ella actuara de otra manera que la suya? No; "*él se levantó y fue tras ella*", Giezi se les había adelantado, pero el bastón del profeta no bastaba para traer al niño a la vida. No es todo tener el poder entre las manos, los discípulos que rodeaban al Señor habían recibido de Él poder y autoridad sobre los demonios, y para sanar enfermedades (Lucas 9:1), y cuando era necesario sanar a un endemoniado (v.40), "*ellos no pudieron*". Esto dependía de su comunión personal. Si ellos hubiesen tenido fe como un grano de mostaza, habrían traspasado este monte; pero estos espíritus no salían más que con oración y ayuno. Es necesario un estado de dependencia personal y de separación del mal para poder usar el poder. Este estado de corazón, lo veremos más tarde, faltaba en Giezi.

Mientras todas estas cosas pasaban, el niño estaba acostado sobre el lecho del profeta, y la puerta cerrada tras él. Eliseo entra y cierra la puerta entre ambos. Él quiere identificarse completamente con el niño en la muerte. ¡Y que penas y angustias, y trabajo de alma! No hay reposo que no haya cumplido su obra, tomando el lugar de la muerte para comunicarle la vida. El niño abre sus ojos a la luz.

Otras tantas instrucciones preciosas que esta escena nos presenta, no dudo es en tipo la muerte y la resurrección de Israel. Al fin de los tiempos, el que es piadoso y fiel entre el pueblo, aquellos que, como la sunamita, consideran a su pueblo como el hijo de la promesa infaltable de Dios, no pierden la esperanza cuando éste está moralmente muerto; su fe es activa hacia Israel; ella realiza que

sólo el Espíritu de Dios puede resucitarlo e identifica su estado con la cruz y el sepulcro del Mesías, el Salvador del pueblo. Quién ha sufrido y se ha acostado en la muerte por él. Su fe va a buscar al Señor al monte Carmelo, donde Él se encuentra, gozando de la esfera celestial de Su reino antes que introduzca la parte terrenal. Ellos aprenden enseguida y realizan por el Espíritu que el trabajo del alma de Cristo tenía en vista la resurrección de Su pueblo y reciben de Su mano, como en el capítulo 37 de Ezequiel, un pueblo nuevo, fruto de este trabajo y nacido del Espíritu Santo. La muerte había sido realizada para ellos en los momentos de los trabajos de la siega; estos no son interrumpidos, e Israel recobra la vida antes que el grano sea recogido en el granero. El remanente obtiene finalmente todo lo que su corazón ha deseado. Es así, que a través de estas escenas llenas de instrucción práctica para nuestras almas. Se desarrolla el ciclo de los pensamientos de Dios hacia Su antiguo pueblo.

"*Y Eliseo llamó a Giezi, y le dijo: Llama a esta sunamita. Y él la llamó y ella vino a él. Y él le dijo: Toma a tu hijo. Y ella cayó a sus pies, y se postró en tierra; y tomó a su hijo y salió*" (v.36-37). ¡Como el corazón de la sunamita debía ser conmovido a causa de este nuevo llamado! Una primera vez (v.12), el profeta la había llamado para poner a prueba la preciosa fe que poseía, una segunda vez (v.15), para darle al hijo de la promesa, un objeto para su corazón. Una tercera vez, ¿Qué iba ahora a darle cuando el duelo llenaba su corazón? ¡Ah! Ella no duda: él le va a dar a su hijo, revestido de un nuevo carácter, su hijo resucitado. Gozo que ninguna palabra puede expresar, su corazón está demasiado lleno para hablar; ella se postra silenciosamente; ¡ella adora!

*Obtenido del estudio del Eliseo*
*por: J. G. Bellett*

## *"UN TIPO DE ISRAEL"*

Ya ha sido destacado que el libro de Jonás es un libro profético en carácter, aunque no contiene expresiones predictivas, tales como las que se encuentran en Isaías, Ezequiel, etc. El Cristo que había de venir es claramente prefigurado en los tres días que Jonás pasó en el vientre del pez; y la historia de Israel puede ser claramente percibida en la desobediencia del profeta y en sus resultados para sí mismo y otros.

Fue un gran honor para Jonás el haber sido divinamente seleccionado para llevar el mensaje de Dios a Nínive, la imponente capital del más grande poder terrenal de ese día. Jonás debió haberse esforzado para entrar en los pensamientos y sentimientos de Jehová en la materia, de manera a haberlo representado fielmente ante los cegados paganos. En esto el profeta falló miserablemente. De igual manera, la nación de Israel fue divinamente escogida y separada por Dios para ser el canal de bendición a todos los pueblos de la tierra "*Vosotros sois mis testigos, dice Jehová, y Mi siervo a quien Yo he escogido*" (Isaías 43:10). El más descuidado lector del Antiguo Testamento no puede fallar en ver que Israel ocupa el lugar central en la tierra. Alrededor de cuatro siglos después del diluvio cuando todas las nuevas naciones eran formadas y habían ido a la idolatría Dios llamó a Abraham y lo bendijo; pero esto era en vista a la bendición universal: "*En ti serán benditas todas las naciones de la tierra*" (Génesis 12:3). Esta palabra fue confirmada y expandida después del ofrecimiento de Isaac: "*Tu simiente poseerá las puertas de sus enemigos; y en tu simiente serán bendita todas las naciones de la tierra*" (Génesis 22:17-19).

Nunca se pensó que este favorecido pueblo fuese exclusivo. Su mismo santuario debía ser "*una casa de oración para todos los pueblos*" (Isaías 56:7). No parece que Israel haya ideado como un pueblo misionero, sinceramente propagando lo que ellos conocían del verdadero Dios, pero ciertamente que ellos estaban designados para ser un pueblo *modelo*. Poseyendo leyes que eran perfectas, que habían sido recibidas directamente del cielo, todos sus caminos debiesen haber sido agradables a Dios, y una viva reprensión para las naciones que los rodeaban. Pero ¡Ay!, ellos fueron infieles a su privilegiada posición de separación para Dios (que sólo podía haberlos hecho una bendición en el mundo); ellos copiaron las malas costumbres de sus vecinos; y se hicieron merecedores de esta severa censura "*El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por vuestra causa*" (Romanos 2:24). Será un gran día para el mundo cuando Zacarías 8:23 venga a ser realidad "*Así dice Jehová de los ejércitos. En aquellos días diez hombres de las naciones se tomarán de la falda de un judío, diciendo. Subiremos con vosotros*, *porque hemos escuchado que Dios está en medio de vosotros*".

Tan ciertamente como la infidelidad de Jonás trajo una tormenta sobre los marineros paganos, así la infidelidad de Israel trajo turbación sobre las naciones

en general, como también sobre sus propias cabezas. Cuando Jehová no podía tolerar más la iniquidad del pueblo escogido, empleo a Nabucodonosor para castigarlos a ellos y a las naciones que los rodeaban. Todo el sistema de las naciones, de las cuales Israel era el centro divinamente establecido, fue destruido. La simiente de Abraham vino a ser de este modo una maldición en la tierra, y no una bendición.

La paciencia de Jehová con Jonás y la nación es fascinante. ¡Con cuanta gracia Él trató con el perverso profeta! ¡Y con cuanta gracia toleró la hipocresía del remanente Judío en días de Esdras hasta la venida del Señor! Aun cuando, ante la plena manifestación de su odio, Él pidió un año más para esta higuera estéril (Lucas 13:6-9). Pero el posterior testimonio del Espíritu Santo ha sido también en vano, y una vez más el pueblo fue expulsado de su tierra, y arrojado entre las naciones. Esto es tipificado por el arrojamiento de Jonás al mar. El pueblo escogido es ahora muy antipático a todos, y toda la tierra ha sido sumergida en confusión y desastre por la terrible transgresión en la cual ha caído Israel.

Pero la efusión de la gracia de Dios no es detenida por el pecado del hombre; de este modo, mientras Israel continúa testarudo, el Espíritu Santo está trabajando en medio de los Gentiles, reuniendo y sacando de en medio de ellos a millones para una bendición celestial. Todos estos estarán en relaciones con Cristo como Su esposa y cuerpo para siempre. La caída de Israel ha venido a ser la riqueza del mundo y su pérdida las riquezas de los gentiles (Romanos 11:12) Mientras cientos de miles de personas en Nínive se estaban alegrando en la misericordia de Dios, Jonás estaba defraudado y enojado. De manera similar, cuando un número de creyentes Gentiles en Antioquia estaban llenos con el gozo del Espíritu Santo, los Judíos "*estaban llenos de envidia, y hablaban contra las cosas que Pablo hablaba, contradiciendo y blasfemando*" (Hechos 13:44-52).

Un gran y sorprendente cambio se está acercando. La ceguedad de Israel no es total; cuando la plenitud de los gentiles sea reunida entonces "*todo Israel será salvo*" (Romanos 11:25-26). Esto tiene en vista al remanente creyente, "*Porque no todos los israelitas son todos los que descienden de Israel*" (Romanos 9:7) Los obstinados y rebeldes de aquella nación serán cortados (Ezequiel 20:38). La nación restaurada estará ante el mundo como resucitada de entre los muertos. La visión de Ezequiel del valle de los huesos secos muestra esto (Ezequiel 37). Daniel 12:2 (un pasaje frecuentemente mal comprendido) enseña la misma cosa. Los muertos físicos no están en vista aquí, sino la nación como tal. Después de siglos de degradación, de estar en el polvo, ellos se levantarán una vez más. El remanente creyente gozará de la vida eterna (en condiciones terrenales) y los rebeldes serán consignados a vergüenza y eterno desprecio. La reaparición de Jonás después de haber estado tres días en el corazón del mar es típica de esto. Las siguientes Escrituras también pueden ser leídas en esta conexión: Romanos 11:15 y Oseas 6:2. Estando entonces en el goce de la misericordia ellos mismos, el pueblo, diferente a Jonás, felizmente dispensará la

bendición a otros. El salmo 67 nos muestra su lenguaje en aquel gran día. Note las palabras "*Todas las naciones*" "*todas cantarán y se regocijarán*" "*Cantad a Jehová cántico nuevo. Cantad a Jehová todos los confines de la tierra*" (Salmo 96:1) ¡Ay, Jonás no estaba de humor para cantar cuando contemplaba la bondad de Dios hacia Nínive!

Toda la tierra será plenamente bendecida a la aparición del Señor Jesús; e Israel, completamente limpiado del espíritu que dominó en Jonás, pues se regocijará en ello. Dios será conocido, no solamente como el Creador, sino también como el fiel guardador del pacto, como Jehová "*Y seré conocido a los ojos de muchas naciones, y ellos conocerán que yo soy Jehová*" (Ezequiel 38:23). Este bendito resultado fue alcanzado en el caso de los compañeros de barco de Jonás. Ellos se volvieron de sus vanas deidades y ofrecieron "*sacrificios a Jehová*" (Jonás 1:16)

Cuando Israel, después de edades de antagonismo para con Dios y Sus benditos caminos, perciba cuán maravillosamente Él ha obrado, ellos dirán con el apóstol "*¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son Sus juicios e inescrutables Sus caminos!*" (Romanos 11:33) En la deplorable imitación de los hermanos de José ellos han realizado todo el mal que han hecho a Cristo y a Sus santos; pero Dios en Su perfecta sabiduría ha vuelto todo esto para bien (Génesis 41:20). Él será victorioso al final sobre todas las obras del enemigo, y cada propósito de Su gracia tendrá un glorioso cumplimiento.

¡Ay!, el libro de Jonás se cierra con el profeta murmurando fuera, mientras dentro de la ciudad había alegría y paz. En esto él no ha sido un tipo de la nación. En la edad venidera de bendición universal, Israel será el centro y corazón de todo esto. Cristo, que ha sido por largo tiempo rechazado, será ahora honrado en medio de ellos, y el pueblo será feliz y se deleitará al ver a cada uno feliz a su alrededor, aun a las partes más lejanas de la tierra.

Pueda el Dios de toda gracia concedernos esta amplitud de corazón. De esta forma comprenderemos y aprobaremos Sus caminos y designios y encontraremos placer y beneficio en ello para nuestras propias almas.

Estas meditaciones difícilmente estarían completas sin alguna referencia a la posterior historia de Nínive, la gran ciudad en la cual predicó Jonás, con resultados que nunca serán olvidados. Está fue fundada por Shur no mucho después del diluvio, aparentemente como rival a la Babilonia de Nimrod (Génesis 10:11). La última fue edificada sobre el Eufrates, y la anterior en el Tigres (o Hidekel), ambos ríos son ramas del río que regaba el huerto de Edén (Génesis 2:13-14). ¿Pero dónde está Nínive hoy? Al lado opuesto de la ciudad de Mosul hay ruinas que pueden ser objeto de interés, que han sido excavadas, y que están ahora en museos de Europa y América. La ciudad fue tomada y destruida por los Medas en el año 625 ADC. Y no ha habido ningún esfuerzo para reedificarla desde ese tiempo, y no es la voluntad de Dios que ésta sea reedificada. Su

destrucción fue anunciada con muchos detalles por Nahum, un profeta galileo, como lo había sido Jonás. El libro de Nahum fue escrito 100 años después de la misión de Jonás, y la ruina en ella había sido predicha todavía otro siglo antes.

¿Quién dijo a Nahum acerca del gran desastre? El mismo principio es ampliamente desacreditado en nuestro tiempo; pero si Dios es Dios, es fácil para Él hablar del futuro como del presente. Éste fue su desafío a las deidades paganas (Isaías 41:22).

El libro de Nahum comienza así: "*La carga de Nínive*". La palabra "*carga*" aparece un número de veces en los libros de los profetas del Antiguo Testamento. Esto significa un pesado mensaje de juicio, un mensaje que tiende a cargar el alma de aquel que tiene que entregarlo. Nínive era la capital del reino de Asiria. Es la ciudad más bien que el reino la que es denunciada en Nahum; considerando que en Isaías es el reino el que es condenado, sin ninguna mención especial de su capital. Esta distinción es importante. En los maravillosos caminos de Dios, Asiria debe ser restaurado y bendecido en la era del reino (Isaías 19:23-25), pero su orgullosa capital nunca se levantará otra vez. ¿Por qué es esto? La razón es que Nínive fue singularmente favorecida por Dios en su día. Él envió a Jonás allí con una misión especial, y toda su población tembló a su predicación, y clamó a la misericordia de Dios. No parece que esto haya guiado a sus pobladores al conocimiento de Jehová, como la gran tormenta guio a los marineros que estaban con Jonás en el barco: pero el misericordioso Creador no desprecia el arrepentimiento nacional en ningún tiempo. ¡Qué sorprendentes resultados se verían si alguna de las naciones que contienden hoy se humillare ante Dios! En su justo gobierno Él está castigando a muchas naciones, por lo que merecen en un mayor o menor grado. ¡Qué gozo daría a nuestros corazones, a los corazones de los que conocen a Dios escuchar a algún rey o presidente llamando a su pueblo a arrepentirse, y que todos humildemente respondiesen a ello!

Nahum dice que "*Dios es celoso, y que Jehová venga… Y que a sus adversarios él reserva para sus enemigos*", pero también "*que Jehová es lento para la ira*" y "*Jehová es bueno, una fortaleza en el día de la turbación, y Él conoce a los que confían en Él*" (Nahún 1:2, 3 y 7).

Dios es realmente "*lento para la ira*". El mal de las naciones Cananeas era grande en días de Abraham, pero aun así Él retuvo Su juicio 400 años, "*Porque*", dijo Él, "*la maldad de los Amorreoss no ha llegado todavía a su colmo*" (Génesis 15:16) De las palabras de Rahab a los espías aprendemos que las naciones culpables estaban conscientes que los ejecutores del juicio de Dios estaban en camino. Ella dijo, "*Sé que Jehová os ha dado la tierra, y vuestro temor ha caído sobre nosotros, y todos los habitantes de la tierra desmayan a causa vuestra*" (Josué 2:9). Ellos habían escuchado de la pesada mano de Dios sobre Egipto, y de la destrucción de Sehón y Og. Aun así, no había arrepentimiento de su parte.

A Nínive le fueron concedidos 40 días de respiro, con benditos resultados, pero el pueblo pronto retornó a sus malos caminos. De allí Nahún 3:1: "*Ay de la*

*ciudad sangrienta: llena de mentiras y robos*". Esto, como ya lo hemos destacado, fue 100 años después de la visita de Jonás, y aun la ejecución de este juicio fue retrasada otro siglo. Hemos dicho que Nínive nunca más se volverá a levantar, pero en contraste con esto, Sodoma y sus ciudades hijas serán divinamente restauradas para la bendición milenial (Ezequiel 16:55) ¿Parece esto extraño al lector? La explicación es que Nínive fue favorecida con un mensaje especial de Dios y se sometió a éste, pero las generaciones que siguieron no se beneficiaron por este hecho, y volvieron a su antiguo vómito. Pero Sodoma nunca fue favorecida como lo fue Nínive. En Mateo 11:25 escuchamos al Señor diciendo que el castigo sería más tolerable para la tierra de Sodoma en el día del juicio, que para Capernaum, ciudad que había sido honrada por Su presencia, ministerio y milagros. El favor divinamente concedido, pero despreciado lleva consigo un pesado juicio de parte de Dios. En Lucas 12:47-48 el Señor distingue entre quienes conocen Su voluntad y no la hacen, y aquellos que pecan sin conocerla "*Al que más se le da, más se le demanda*" ¿Qué más equitativo y justo podría ser esto? A la luz de las propias palabras del Señor, ¿Dónde estará el pueblo de Gran Bretaña? ¿Dónde en toda la tierra ha sido el evangelio tan plenamente predicado y las Escrituras más abundantemente circuladas? La responsabilidad del pueblo privilegiado es grande, y el juicio será en conformidad a ello.

Se dice que el desbordamiento del río facilitó la captura de Nínive por los Medas. Nahún 2:6 parece enseñar esto. Asiria —la nación— ha de ser bendecida, pero de la una vez favorecida ciudad de Nínive Dios a dicho: "*Jehová ha dado mandamiento para que tu simiente nunca más sea sembrada*" ¡Palabras profundamente solemnes! En verdad, "*terrible cosa es caer en manos del Dios vivo*" (Hebreos 10:31).

*Obtenido del estudio del Jonás*
*por W. W. Fereday*